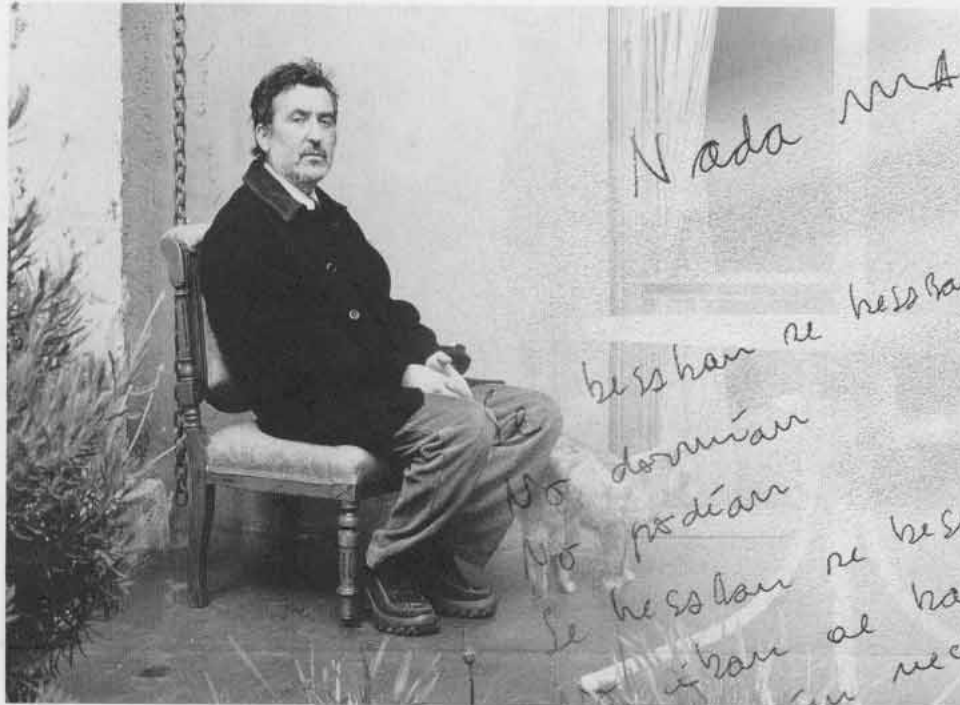


DE VEZ EN CUANDO: Claudio Bertoni

Santiago de Chile,
Lom Editores, 1998



Claudio Bertoni (1946) no es desconocido para los lectores de poesía. También debe consignarse su trabajo como fotógrafo y como recolector, protagonista de una colección singular de zapatos abandonados, de ejemplares encontrados, "zapatos huachos" barridos por el mar, zurcidos por el deterioro, moldeados por el calor, suerte de afán singular que no puede desvincularse del fetichismo, (Cf. *Diario de una camarera*, del cineasta Luis Buñuel). Por lo demás, "la afición a coleccionar es un juego pasional", dice Maurice Rheims, citado por Baudrillard. (*El sistema de los objetos*, 1969: 99) o de pretender quizás retomar el tema de los zapatos de Van Gogh (reproducidos y comentados por Heidegger en *El origen de la obra de arte*) al modo de un ready-made o de un objet trouvé surrealista. El calzado es una vestimenta singular, demarcadora y básica, especialísimo símbolo de status, entre otras cosas. Esta colección puede interpretarse como instalación paródica o como intertexto dialogante con los "piecitos" mistralianos y el

respectivo artefacto de Nicanor Parra, aunque en este caso no parece más significativo en sentido singular del uno frente al par, de una existencia o funcionalidad que sólo se cumple como pareja, pero que al mismo tiempo es una holladura humana, una historia potencial.

Bertoni es o fue, además, músico. Como poeta certifica su valía la inclusión en la antología *Veinticinco años de poesía chilena* (1970-1995) y la mención recurrente en algunos suplementos, además de su espaciada obra poética desde *El cansador intrabajable* I y II de 1973 y 1986, pasando por *Sentado en la cuneta*, de 1990 y por *Ni yo*, de 1997.

De vez en cuando es un libro armado a partir de más de cien textos breves, lo que hace presuponer que se trata de tomar partido por la coyuntura, por lo transitorio, el fragmento o la ocurrencia. Esto conlleva el riesgo de que algunos de estos textos puedan ser validados sólo por ser

ingeniosos, por hacerse cargo de circunstancias singulares más cercanas al chiste o al chascarro que al poema, aunque al concurrir agrupados asumen un sentido que asociamos con un proyecto de Roque Esteban Scarpa, en su libro *No tengo tiempo*, que reunía una cantidad prodigiosa de textos, cada uno escrito en un día, constituyéndose en una crónica o diario poético. Algunos de Bertoni tienen también fechas, al modo de anotación diarista:

Lunes 13/2/95 (diario)

*Lo sabía cuando chico
Lo sabía hasta morir:
La Bernardita
y el boyito
en sus rodillas
(2 en cada una)*

(Bertoni, 1998: 138)

El texto sigue, pero lo citado delata un acento compulsivo, una necesidad de amar que nos recuerda a ciertos personajes del cineasta Francois Truffaut. Esto hace sistema con la idea del zapato solo, que espera su par. El hablante (no sé si el poeta) es también en cierto modo un zapato solo. Igualmente, los poemas necesitan a sus acompañantes para afiarse, para afirmarse, para ser comprendidos como tales, así como los días concurren en semanas o años para perpetuarse.

Estos textos parecieran prolongar la experiencia del azar objetivo surrealista, como búsqueda de epifanías, del satori budista. Ya Lihn había dicho de Bertoni que: "es un practicante de lo que Kerouac llamó un género de vieja y nueva locura poética zen"... y de la eternidad del instante bachelardiano; es decir, la experiencia del encuentro se hace mística o se traspasa a lo profano, hasta llegar a la profanación (no citable). Otras veces juega desde lo sublime y sagrado para llegar nuevamente al borde o centro febril de lo humano:

*ocupas en mí
todo el espacio
que dicen los santos
que ocupa Dios*

*mi boca está ocupada por ti
mi lengua está ocupada por ti*

(Bertoni, 1998: 53)

Curiosamente, la cantidad de textos hace pensar también en una colección, registro de momentos rescatables que tienen que ver con la expectativa del otro o con la constatación de su ausencia, jugándose en la ambigüedad ínfima del lenguaje:

Hora de once

No tengo té

.....
¡mi téngote!

(Bertoni 1998: 83)

Es deseable en la poesía que su sistema de significación tenga una cierta coherencia y que los quiebres del lenguaje sean también modos de decir, que posea alguna cualidad sonora, un lenguaje diáfano o espeso y que insinúe una visión de mundo entre otras. Esta poesía posee todo eso, siendo, además, inesperada, entretenida y sugerente.

Walter Hoefler

